

CAPÍTULO LXII. *De otros venerables padres que han florecido en virtud y santidad en estas provincias de las Indias*



EL VENERABLE VARÓN FRAY DIEGO ORDÓÑEZ fue hijo de nobles padres, y guiando Dios su espíritu en su niñez, como otro Moysén su ganado a lo interior del desierto inclinóse a los estudios de las divinas letras, en las cuales aprovechó mucho, y aunque pequeño en la edad era muy grande en la madurez de su entendimiento. Y como sus padres lo vieron aprovechado en los estudios de las letras, procuráronle una dignidad en la santa iglesia de Salamanca, de donde él era natural, y fue en ella arcediano. Pero aunque aquel camino en que se había puesto luego a los primeros años de su puericia era para hacerse de la suerte y heredad de Dios, parecióle al bendito mancebo que tras del señuelo de la dignidad podía estar la trampa de su desenvoltura, y que el anzuelo del oficio podía traer incorporado el cebo de la vanidad, porque aunque es verdad que él en sí es muy santo y digno de ser mirado con respeto, muchas veces acontecería (como en las demás cosas) que no revistiéndoselo un sujeto tal, y que mejor puede servirlo, sería la dignidad, no sólo no honrada como merece, pero ultrajada en lo que ella en sí no desmerece. Esto vemos en los dos sacerdotes, hijos de Aarón, que estando revestidos de una dignidad tan alta, como era el sacerdocio, llegaron a la administración de su oficio con menos decencia de la que debían, por lo cual envió Dios fuego sobre ellos, que les quitó la vida. De manera que aunque la dignidad eclesiástica de suyo es santa podría caer, a veces, en personas que en vez de conservarla en su gravedad y honorificencia, la deslustrasen y bajasen mucho de su majestad y grandeza. Y aunque este mancebito Diego no se había descompuesto en aquellos sus primeros años en cosa por la cual pudiese ser notado de corto o demasiado en el nuevo oficio eclesiástico que le fue concedido, con todo eso, recelando (como suele recelarlo la conciencia limpia) en otros tiempos después los sucesos de su vida, hizo renunciación de ella y de todas las cosas seglares, y entróse en religión, tomando el hábito de mi glorioso padre San Francisco, en su mismo convento de Salamanca, donde vivió muchos años y se hizo muy consumado letrado. Después, movido por celo de la salvación de estas gentes indianas, pasó a esta Nueva España, y fue a la provincia de Guatemala, donde residió algunos años; pero como era tan gran letrado y muy conocido en la doctrina de Escoto, dióse más a la predicación de los españoles que a aprender la lengua de los indios; y esto porque no le dejaban con muchos negocios con que le ocupaban y casos a que respondía. Y así sucedió que cuando vino el Santo Oficio de la Inquisición a esta Nueva España, sabiendo los señores primeros inquisidores la mucha suficiencia de este grave varón, enviaron por él a la provincia de Guatemala y lo trajeron a esta del Santo Evangelio, para calificador de su santo tribunal, y lo mismo hicieron del padre fray Antonio

Quixada, que estaba en la provincia de Yucatán; los cuales dos venerables y ancianos padres (que en esta sazón lo eran mucho) fueron los primeros calificadores del Santo Oficio que hubo en esta Nueva España.

Era este apostólico varón fray Diego Ordóñez, muy pobre y muy humilde; seguía la vida común en su comida y vestuario. Era muy ferviente y celoso de la honra de Dios y muy honesto y casto en su persona, conservándose en esta excelentísima virtud con la misma pureza que había tomado el hábito. Era muy buen predicador y su palabra era eficaz, y en sus últimos años la hacía mucho más persuasiva la veneración de su persona, porque como pasaba de ciento y diez años, y tenía venerable aspecto, y toda su cabeza y barba más blanca que la nieve, hacía particular moción en los corazones de los que lo veían en el púlpito predicando. Fue grande defensor de la doctrina de Escoto y tuvo muchas y muy grandes controversias con otros, en razón de esto. Estaba tan ejercitado en las predicaciones que sin mucho estudio predicaba; y no reparaba en que le encomendasen el sermón, poco antes que la ocasión se ofreciese, como lo vi en el pueblo de Toluca, donde llegando a sazón que se había de predicar a una festividad grande que concurría el guardián del convento, que era nuestro lector de teología, le rogó que predicase, y lo aceptó, y puesto en el púlpito hizo demostración del caudal grande de su mucho estudio. No traía libros consigo, sino una biblia y concordancias, y no sé si otro alguno más, y con éstos discurría por las partes que se le ofrecía y caminaba.

Era este bendito religioso de su natural pacífico y enemigo de ruidos y desasosiegos, y pareciéndole que en estos bullicios y estruendos de oficios de correspondencia con tribunales fuera de la orden, no podía tener quieto el espíritu, determinó de pasar a Zacatecas, que entonces era custodia de esta provincia del Santo Evangelio, donde estuvo algunos años, y en ella fue custodio; y después de haber aprovechado en mucha y muy sana doctrina a los moradores de aquellas tierras y minas, se recogió al convento del Real de Sombrerete, ya como candela que está acabando las luces de sus llamas, y en estos últimos tiempos de su vida estaba muy achacoso, así de la pesadumbre de la mucha edad, como de otros males que padecía. Pero el espíritu, como no se rige por las fuerzas de la carne, mostrábalo tan fuerte en estos tiempos de su última vejez como si estuviera en los años de su mocedad; y lleno de el amor de Dios predicaba casi a la continua. Y un mes antes que muriese predicó, por poder decir aquellas palabras del apóstol San Pablo:¹ Bien he peleado y el curso de mi vida he fenecido en la demanda de la predicación evangélica, en todas las partes que me se ha ofrecido y he guardado la fe, que a mi Dios prometí no sólo en el bautismo, y después en la religión guardando, como mejor he podido, la regla a que me obligué; pero también en el oficio de evangelizador que tomé a mi cargo; ya no resta sino que Dios cumpla su promesa y palabra, dándome la corona que de sus misericordiosas manos espero, no por las obras de justicia (como en otra parte dice el Apóstol)² que he hecho, sino por su sola

¹ 2. Ad tim. 4.

² Ad Tit. 3.

misericordia, por la cual fue servido de salvarnos. Este último sermón que predicó fue en la iglesia parroquial de los clérigos, donde le llevaron en una silla, por no tener fuerzas para ir en sus pies, y fue con tanto desfalecimiento de sus fuerzas naturales que a poco más de un cuarto de hora que hablaba le dio un desmayo, que fue el último vale de sus sermones. Trajéronlo al convento, y aunque luego volvió en sí, no fue para ejercitar más el oficio. Pasados treinta días después de este en que se desmayó, murió con la misma preparación y fuerza de espíritu que siempre había mostrado en el servicio del Señor; cuya muerte fue sentida de todos y su cuerpo enterrado en el mismo convento de Sombrerete, con grandísima veneración. Murió de edad de ciento y diez y siete años, y de hábito ciento y cuatro, por haber tomado el de la religión muy niño, y tenía casi noventa años de sacerdote.

Fray Ángel de Valencia vino de la misma provincia de Valencia y pasó a la de Mechoacan, donde aprendió la lengua de los naturales, y en ella se ocupó espacio y tiempo de cuarenta años. Era religioso de muy aprobada vida, y en todo muy adornado de virtudes. El cual, habiendo llegado a los postreros años de su vida (que fueron muchos), dióle la enfermedad de la muerte, y estando ya casi para tragarla arrebatóle en espíritu, como otras veces le había acontecido; y al cabo de un grande rato que había estado absorto, y en elevación mental, volvió como el que despierta de un muy pesado sueño, y dijo estas palabras:³ *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domine mei ad me?* Que son las palabras que dijo Santa Elisabet a la virgen María, cuando entró a visitarla; de las cuales tomaron motivo todos los religiosos circunstantes, de creer y tener por muy cierto que la virgen sacratísima le debía de haber hecho visita, de quien en vida este siervo de Dios había sido muy devoto. Murió luego, después de haber dicho estas palabras; y yo creo que esta virgen santísima, como madre de misericordia, vendría por él para llevárselo consigo al cielo; porque la opinión que este apostólico varón tenía era de muy perfecto religioso. Murió en el convento de San Francisco de la ciudad de Guadalajara, provincia de Xalisco, y está su cuerpo allí enterrado.

Fray Gerónimo de la Cruz vino de la provincia del Andalucía a estas partes de las Indias, y pasó a las de Guadalajara, donde aprendió la lengua y administró a los indios la doctrina del Santo Evangelio; por cuya defensa y amparo padeció muchos y muy grandes trabajos, como la gallina que tiene debajo de sus alas los pollos que cría, cuando el gavián la acomete, que por defenderlos de él recibe en sus carnes el golpe de sus uñas. Tuvo grandes persecuciones de hombres tiranos, que no sirven sino de hacer mal; pero el siervo de Dios, alentado con aquellas palabras del Salvador que dice a sus discípulos:⁴ Seréis llevados con denuesos y oprobios a los tribunales de los jueces, acusados de falsas e infernales calumnias, que os acumularán; pero en semejantes ocasiones no os turbéis ni recibáis temor, ni queráis pensar lo que habéis de responder: en semejantes ocasiones os dará Dios palabras con que os defendáis y confundáis a vuestros perseguidores.

³ Luc. 1.

⁴ Math. 10, 17 et seqq.

Esto animaba mucho a este siervo de Dios, y puesta en él su confianza salía siempre victorioso de todas las que sus enemigos (o por hablar más propriamente, los que lo eran de Dios) le acumulaban. Todas las cuales sufrió el ministro evangélico con grandísima paciencia y tolerancia. Murió, cumplido de buenos días, en el convento de Guadalaxara, de la dicha provincia de Xalisco, con grandes demostraciones de santo, y está su cuerpo sepultado en la capilla mayor del dicho convento.

Fray Daniel, lego, de nación italiano, de la provincia de Santiago pasó a esta Nueva España, con santo celo de aprovechar a estas nuevas plantas del Señor. Y después de haber estado algunos años en esta provincia del Santo Evangelio, fue enviado a la custodia de Mechoacan, donde se ocupó en su humilde ministerio todo el tiempo de su vida, enseñando a los indios la doctrina cristiana. Era muy adornado de virtudes, muy áspero en su persona; tanto, que trajo cincuenta años una cota de malla a raíz de las carnes. Era de mucha caridad y fue el primero que enseñó a bordar a algunos indios, por ser muy consumado en esta arte; y hay todavía de su mano algunos ornamentos que en aquellos primeros tiempos bordó, en esta provincia del Santo Evangelio, que aunque no son costosos, son muy curiosos. Murió con muy grande opinión de santo, así entre los españoles, como los indios y está enterrado en el convento de Guadalaxara, de la misma provincia de Xalisco.

CAPÍTULO LXIII. De otros religiosos de santa vida de esta provincia del Santo Evangelio y de los Arcos, que llaman de Otumpa, por donde trajo el agua al pueblo el apostólico varón fray Francisco de Tembleque



FRAY ALONSO DE TOPAS VINO de la provincia de Santiago; y habiendo estado en esta del Santo Evangelio, tres o cuatro años, se halló muy desconsolado y tentado por dar la vuelta a España, como ha acontecido a otros muchos, y no paró hasta que con importunaciones (sin saber la lengua, ni atender en la obra de los naturales) alcanzó de los prelados licencia para ello. Vuelto a la provincia, y morando en el convento de Salamanca, le mandó su guardián que fuese a pedir por ciertas aldeas comarcanas la limosna de la paja, que de ordinario se pide. Obedeció fray Alonso con mucha humildad, y llegando a un lugar donde nunca había estado, una mujer serrana (la cual afirmó nunca haber visto) le preguntó ¿qué era lo que buscaba? Y respondiendo fray Alonso que demandaba paja para el convento de Salamanca; le replicó ella: Desventurado de vos, padre, que dejastes de ocupar la vida en sustentar almas hambrientas del pan celestial, y venís ahora a buscar mantenimiento para las bestias. Hicieron y penetraron tanto el corazón de fray Alonso estas palabras, como saeta, arrojada de la mano de Dios, que luego a la hora, dejada la demanda de